

RESEÑAS

DE LIBROS

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Pronto habrán de cumplirse cuarenta años de que Octavio Paz reseñara con entusiasmo en un número de la revista *El hijo pródigo* (el correspondiente a octubre de 1943) el volumen *Los presocráticos*, editado entonces por El Colegio de México, que contenía las primeras traducciones directas de los textos griegos realizadas por el filósofo español "transterrado" Juan David García Bacca (n. 1901). Y fue precisamente en aquella revista "paternal" donde se publicaron, dispersas en números sucesivos, otras traducciones al español de García Bacca (los fragmentos filosóficos de Demócrito, los de Heráclito, etc.), que finalmente se reunirían con varias más en la versión completa y definitiva de la obra que hoy se comenta aquí. Quizás a muchos les parecerá inoportuno o injustificado comentar nuevamente el libro de García Bacca. No se trata ciertamente de una novedad editorial. En cambio, es una obra muy poco común —clásica ya en el medio filosófico e importante no sólo en ese estrecho círculo— que a través de cuarenta años se ha reimpresso exitosamente sin perder actualidad y mereciendo, por tanto, ser recomentada y recomendada.

Los presocráticos, veinticinco siglos después, perviven en el pensamiento contemporáneo como una presencia latente y basta volver una mirada, teñida de humildad, a la historia para descubrirla y apreciarla en toda su justa y esplendorosa dimensión. Porque, bien visto el asunto, el desentendimiento de las fuentes griegas, de las que fundamentalmente mana el pensamiento occidental como hoy —en sus variadísimas modalidades— hemos podido conocerlo, equivale más o menos a no dignarse mirar a nuestros padres inte-

▲ *Los presocráticos*. Traducción, prólogo y notas de Juan D. García Bacca. Fondo de Cultura Económica, México. Varias reimpressiones.



lectuales, a quienes nos han heredado la filosofía enseñándonos a pensar y a saber. Una vez más habría que recordar a Heidegger, cuando sostenía que la interconexión teórica de la metafísica griega con nuestro mundo moderno se ha patentizado especialmente a fines de este siglo ("...la técnica moderna, a pesar de ser completamente ajena a la antigüedad, encuentra ahí su origen esencial") y que de hecho es en el *Poema* de Parménides, y en la reflexión que él instaura donde comenzó a explotar la bomba atómica (en el sentido de que se ponía en marcha la posibilidad de la ciencia futura).

Y para acometer la empresa, ardua y fascinante, de explorar el pensamiento presocrático, del que nos guarda valiosísimos restos el museo filológico de Diels y Kranz (la obra fundamental *Die Fragmente der Vorsokratiker*), nada tan imprescindible para dar los primeros pasos como una traducción y antología de textos correcta, erudita y generalmente clara, acompañada por notas pertinentes —que anulan dificultades de interpretación y enriquecen el sentido de las diversas expresiones helenas al ubicarlas convenientemente en su contexto histórico-lingüístico—, tal como la que nos ha ofrecido generosamente García Bacca. Algunos especia-

listas no han quedado del todo satisfechos con este libro, sea por la aparente y ocasional forma barroca de expresión del autor, sea por la relativa oscuridad de algunas traducciones al español (se habla, por ejemplo, de cierta confusión que suscita el empleo del vocablo castellano "Ente", en lugar del de "Ser", en el *Poema* de Parménides). Lo cierto es que salvo muy raras irregularidades o aparentes extravagancias filológicas, casi siempre justificadas por las notas aclaratorias correspondientes, la traducción de García Bacca no sólo se caracteriza por el rigor y por la fidelidad al original griego, sino que además se impone como condición previa de trabajo la exigencia de introducir "aquellas palabras castellanas que conservan la raíz griega, cuando todavía se empleen en un sentido igual o aproximado", valiéndose frecuentemente de la elegancia y la plasticidad de la expresión como recursos para conseguir el vigor etimológico primitivo, que a su vez permite resucitar naturalmente la esencia de los pensamientos y argumentaciones griegos en las versiones españolas correlativas.

Podría reprochársele a García Bacca la omisión (o modificación) de las claves de algunos de los fragmentos traducidos (que corresponden siempre a la

serie *B*, es decir, a fragmentos no testimoniales sino literales o directos de los pensadores) tal como las han establecido tradicionalmente los criterios de Diels y Kranz, y que resultan de especial importancia para los estudiantes y los profesionales de la filosofía. Por otra parte, los que se interesan por la calidad y virtudes literarias de los escritos griegos pueden reprocharle, como Octavio Paz, en su nota citada al principio, que su traducción "se atenga más a la exactitud filosófica que a la temperatura poética" de aquellos textos cuya forma literaria era originariamente el verso. Sin embargo, y respecto a lo primero, ya advertía García Bacca que su reproducción obedecía estructuralmente antes a la lógica de una versión filosófica que a las exigencias de un ordenamiento estrictamente filológico, siendo su pretensión primordial la de "ofrecer sencillamente al lector los (textos), dejando que susciten en él impresiones directas, lejos de toda interpretación técnica, cual la impresión de un paisaje natural, sin secretas intenciones mineras, geológicas o botánicas". Y por lo que concierne al segundo punto, el autor ciertamente confiesa su decisión, un tanto forzada, por realzar los conceptos filosóficos sobre las bellezas poéticas de los textos (conciendo, así, a la "estrofa filosófica" como un "conjunto de palabras centrado o cristalizado alrededor de una idea"), pero sin que eso signifique en modo alguno un descuido de la forma literaria que enmarca cada pensamiento; además, García Bacca no perdió la oportunidad para invitar a los literatos a emprender, sobre la suya, una traducción alternativa y complementaria que centrara preferentemente su atención en los valores estéticos de algunos poemas y sentencias poéticas de los filósofos presocráticos. De modo que, en cualquier caso, esta selección de textos representa una forma excelente de iniciación en el estudio y conocimiento de quienes filosofaron antes de Sócrates; una manera de asistir, con el asombro más natural, a la fiesta presocrática del Ser.

El volumen está integrado por textos que van de la sabiduría moral de los Siete sabios de Grecia (Cleóbulo, Solón, Quilón, Tales, Pítaco, Bías, Períandro), es decir, del período griego prefilosófico, a la originalidad ya propiamente filosófica del pensador, indebi-

damente poco conocido, Metrodoro de Kío, atravesando las concepciones metafísicas (tal como nos lo permite interpretarlas y reconstruirlas la totalidad de fragmentos conservados) de Jenófanes, de Heráclito, de Parménides y Meliso (las paradojas de Zenón de Elea de por medio), de Empédocles y Anaxágoras, de los atomistas Leucipo y Demócrito, del jonio tardío Diógenes de Apolonia (apoyada preceptualmente en las enseñanzas de Anaxímenes) y de los partidarios de la doctrina pitagórica Alcmeón y Filolao.

Cerraré esta presentación superficial reproduciendo algunos fragmentos que esbocen apenas la riqueza y la variedad de pensamiento (¿de sentimiento también?) y de temática filosófica de estos griegos antiguos. Existe la tesis, más o menos divulgada, de que las diversas corrientes filosóficas (o visiones del mundo) posibles se hallan ya en germen contenidas, al menos en sus puntos de partida o directrices esenciales, en los modos de pensamiento o moldes conceptuales griegos. Dejando en suspenso esa generalización, notemos por lo pronto y mediante algunos pespunte toscos de afirmaciones descontextualizadas, la excelsa variedad que deambula: del monismo metafísico revelado de la manera más sutil ("aunque en diez mil años sólo en un cabello se cambiara el ser en algo diverso, parecería todo el ser para todo el tiempo" — Meliso), a las reacciones naturales — pluralismo y reconocimiento de realidad al vacío — contra esa concepción eleática de lo verdaderamente real como Uno. ("y en cuanto que, de nuevo, fueron surgiendo muchos/ desengendrándose Uno./ por esto se engendran las cosas./ mas ninguna en lo eterno apoyará los pies" — Empédocles), ("Ser, no lo es más Uno que Ninguno" — Demócrito); de la rectitud ética más pura ("No hay que avergonzarse ante los demás hombres más que ante sí mismo, y no se debe hacer cosa mala tanto que nadie lo vaya a saber como que lo vayan a saber todos los hombres. De sí y ante sí mismo hay que avergonzarse sobre todo y ponerse en su alma como ley no hacer nada inconveniente" — Demócrito) y el clima griego de mesura, templanza y equilibrio espiritual ("No te ensoberbezcas con los éxitos, ni te deprimas con los fracasos" — Cleóbulo) al humor ("Al que le cae en

suerte un buen yerno encuentra un hijo; el que en esto tiene mala suerte pierde además una hija" — una vez más, Demócrito); de la profunda convicción místico-religiosa de Filolao ("Como en cárcel tiene encerradas Dios todas las cosas. Los hombres son un tesoro de los dioses") al escepticismo radical y desgarrador de Metrodoro de Kío ("Ninguno de nosotros sabe nada de nada; ni siquiera esto mismo de si sabemos o no sabemos, ni si sabemos que sabemos o que no sabemos; ni si en total hay algo o no lo hay").

Luis Ignacio Helguera

LA CARA BLANCA DE LA MONEDA

Cuando el primer Barthes — el de *El grado cero de la escritura* — hablaba de la escritura neutra, estaba tocando uno de los conceptos caros a Maurice Blanchot: el de la *escritura blanca*. En efecto, para que haya una escritura blanca es necesario pasar antes por el tamiz de la escritura neutra. Y aunque Blanchot nunca dejó de ser un crítico impresionista, es cierto que logró descubrir ciertas zonas que envidiarían los estructuralistas. La escritura blanca correspondería, en términos jakobsonianos y si el desplazamiento es posible, a la parte semántica equivalente a la *materialidad de los signos*. Si la materialidad de los signos es la parte "no dicha" de la escritura poética, la escritura blanca es la parte no dicha del sentido. Al respecto es conveniente aclarar que el proceso que desarrolla Antonio Marimón en su libro es similar a la escritura poética que suma el metalenguaje a la función poética: la recuperación, para el sentido, del proceso poético mismo: la actualización de lo que va quedando atrás en el proceso poético, lo que se convertirá fatalmente en pasado si no es recuperado, lo que se asimila siempre a lo *feo*. Olores, el gusto, los excrementos lo equivalente a lo desechable aunque todavía no es la parte maldita de Bataille, lo que en la materialidad de los signos

▲ Antonio Marimón: *La escritura blanca*. México, UNAM, 1981.